

El alba perpetua del origen

El sábado 20 de mayo de **1989**, en las arenas de la Ciudad Abierta, todos los alumnos de la Escuela fuimos recibidos por los profesores en el Acto de la Demora. Eran ellos quienes habían organizado y producido el evento que duró todo el día. En unas empinadas dunas iban y venían transpirando para servirnos el almuerzo mientras el poeta Carlos Covarrubias oficiaba cada momento vestido con diferentes trajes de colores y metales, cuyos destellos se entremezclaban con el sonido permanente de su voz. En un momento, emprendimos en fila por el camino hacia la parte alta de los terrenos, distanciados unos de otros por algunos metros. Justo antes de comenzar la subida estaba el poeta bajo su llamativo traje de cintas. No se veía su rostro; era una especie rara de árbol parlante y multicolor al que debíamos acercarnos, de uno en uno, para que nos susurrara unas palabras al oído. A medida que subíamos tuve la certeza de haber recibido un mensaje único y personal, que por lo demás marcó mi propio devenir en la poesía. Lo que me dijo el poeta fue una pregunta que aunque en ese momento me pareció ininteligible, se me quedó grabada a fuego. Desde entonces he vuelto a ella e incluso yo mismo la he preguntado en distintos actos a los participantes, especialmente en las travesías; en nuestros viajes americanos a veces la hemos inscrito en las obras. Aprendí que viene de la *Carta del errante*, de Godofredo Iommi, aunque allí se enuncia en otro tono, no como interrogante. Siempre pensé que solo yo tenía mi memoria abrazada por esas palabras. Creía que sus alcances eran horizontes exclusivos, que en suerte se me habían abierto para iluminar las sendas y rutas de la vida.

Treinta años más tarde recibí el llamado de un querido amigo arquitecto que al igual que yo

estuvo presente en aquel acto de bienvenida. Me contó que había estado hablando con varios, con muchos, y que había llegado el momento de volver a la Ciudad Abierta, en principio a responder después de tres décadas una pregunta que el poeta les había susurrado durante aquel acto. Vinieron decenas de exalumnos, compañeros, amigos, actuales estudiantes; también Carlos Covarrubias y otros profesores de entonces, y nos juntamos durante toda una jornada en una magnífica fiesta a bordo de la *Stultifera Navis*. Recién ahí caí en la cuenta de que todos estábamos transidos por el mismo secreto. Al cabo no respondimos nada, sino que en verdad volvimos a oír y oír una vez más lo que el poeta había repetido al oído de cada uno ese lejano sábado de mayo: ¿cuál es el alba perpetua de tu origen?

Jaime Reyes Gil